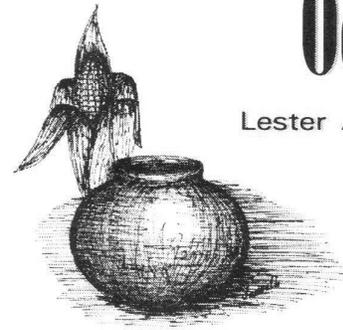


DINTEL



## Ocaso

Lester Alfonso\*

**E**l viejo se levantó poco antes del amanecer y se dirigió a la penumbra de la cocina. Escarbó entre los restos del carbón del día anterior y trató de encender el fogón con un cartucho. Un humo azul y denso comenzó a elevarse y se perdió por el ventanuco entornado encima del fogón. Tropezando en la oscuridad, salió por la puerta del patio y arrojó, en el yerbazal cercano a la casa, la lata que contenía los orines de toda una noche. Ya el sol se anunciaba como una claridad difusa, haciendo visibles las siluetas de los carros que atravesaban el puente. Regresó a la casa pisoteando las hierbas, tan altas, que tapanían a un niño de siete años. Hace meses que no chapeo, pensó el viejo. La hierba ya llegaba hasta la mismísima puerta de la cocina. Entró a la casa justo para oír a la vieja tosiendo agónicamente como todas las madrugadas. La sintió ponerse las chancletas en la penumbra, mientras él avivaba la candela del fogón.

Deja, yo hago el café, le dijo la vieja, al tiempo que colocaba un agua con una borra del día anterior. Tenía el pelo canoso, erizado, y no dejaba de toser. Tomaron el café con poca azúcar. El viejo miraba por el ventanuco entornado por el disco rojo del sol que se elevaba lentamente por detrás de la cerca, llena de matojos y alambres de púas. La vieja bebiendo sorbo a sorbo y luchando por sostener sobre los hombros un trapo mugriento de caquí gris.

Voy al patio, dijo quedamente el viejo, mientras salía por el yerbazal con el machete en el cinturón, atravesando casi con escalofríos, los matorrales cubiertos de rocío.

Fue en aquel justo instante que la vio. Estaba quietecita sobre dos bloques de concreto a la entrada del corral de gallinas, ahora vacío, junto a la llave del agua. Cuando salió al patio, antes del amanecer, no la había visto, pero ahora con la luz del

sol era perfectamente visible junto a la cerca del corral. Así que regresó, pensó el viejo. Era la tercera vez que lo hacía y siempre lo cogía por sorpresa. Pensó en decírselo a la vieja inmediatamente, pero desistió de la idea, esperaría un poco. Una terrible inquietud lo carcomía, mientras se dirigía a la cerca de la finca, media destruida por los muchachos y los ladrones furtivos que habían acabado con las frutas y los animales. Ya casi no tenía nada sembrado, porque todo se perdía. Llegó atravesando unos cercos recién hechos. A lo mejor se nos da la yuca y algún maíz, le había dicho a la vieja. Todavía tenía esperanzas, pero podía ver montones de huellas en la tierra, muchas posturas habían sido pisoteadas, había semillas y cáscaras de mango por dondequiera. Estuvo reparando la cerca hasta media mañana, remendando los alambres de púas en los sitios donde habían sido cortados, levantando los matojos aplastados y poniendo estacas nuevas. Regresó atravesando los surcos, y al pasar bajo las matas de aguacate, pudo ver al vagabundo salir del baño de mampostería al final del corral. Estuvo a punto de seguirlo, pero recordó que tenía que ver a la vieja. Lo siguió con la vista mientras se escabullía por un sitio secreto en lo último de la finca, justo en el momento en que el tren del central pasaba arrastrando los vagones repletos de caña pitando y lanzando chorros de vapor a sólo dos metros de los cactus de la cerca. Escena invariable que el viejo recordaba casi idéntica desde que era niño.

Entró en la cocina sin quitarse el sombrero y tomó agua en un jarro de aluminio. Parece que el vagabundo está durmiendo de nuevo en el baño de atrás, dijo el viejo. La vieja levantó la mirada del arroz que estaba limpiando durante un segundo, y continuó su faena. Lo del vagabundo era lo de nunca acabarse. El viejo tomó aire antes de conti-

\*Maestro en Ciencias Físicas por la Universidad de la Habana, Cuba.

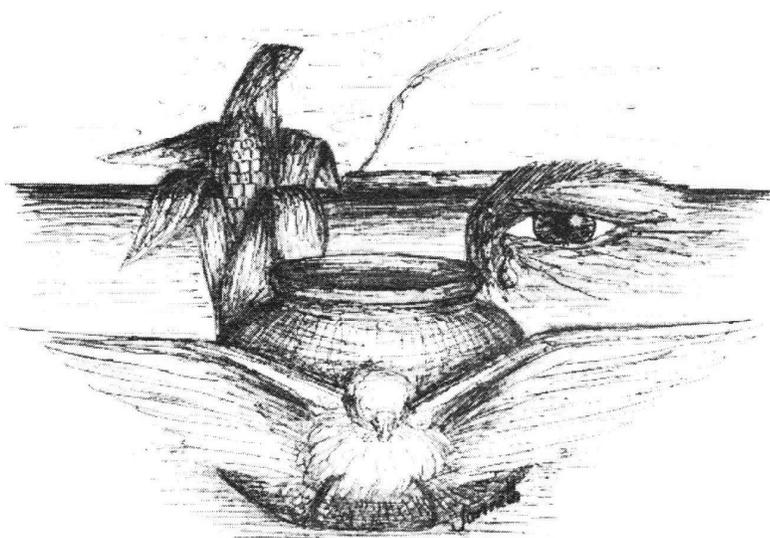
---

El viejo sintió  
cómo se le  
nublaba la vista.  
Recordó  
entonces cómo  
era la niña antes  
de ser una mata  
de maíz.

---

nuar: creo que la niña regresó de nuevo. La vieja dejó de limpiar el arroz y lo miró con los ojos vidriosos. Después continuó su trabajo con movimientos tensos, como si nunca hubiese visto un arroz sucio y lleno de cascarillas. ¿Y dónde está? El viejo tragó un par de sorbos de agua fresca y con una voz plana e inexpresiva dijo: junto a la puerta del corral. La vieja continuó su tarea, cuando terminó, lavó el arroz y lo puso en una olla para calentarlo en el fogón, movió los carbones con el atizador para avivar la candela y salió al patio sin decir palabra. El viejo, desde la cocina, la vio alejarse rumbo a la puerta del corral.

Almorzaron temprano, arroz, yuca y habichuelas. Cuando estaba fregando los platos, la vieja habló: le puse un trapito encima para que aguantara el sol del mediodía, pobrecita. El viejo asintió en silencio y miró hacia el patio nuevamente. La olla tiznada y abollada, estaba ahora cubierta con un caqui de color gris. Se le hizo un nudo en la garganta y cuando la vieja fue a botar el agua sucia al patio, entró en el cuarto de la niña. Hacía meses que no lo visitaba. Había algunos agujeros en el techo por los que se filtraba la luz del mediodía. Su fantasma siempre los acompañaba. Un par de años después de la muerte de la niña, la vieja la identificó en una mata de maíz. La dejaron crecer, le hicieron una pequeña cerquita para protegerla, cuando se secó, la enterraron a un costado del patio. Después fue una paloma raviche que vieron en un melancólico atardecer, sentados en los balances del patio. Desde entonces siempre regañaban a los muchachos que cazaban a las palomas con tirapiedras y escopetas de perdigones. La vieja constantemente miraba a las matas con la esperanza de verla nuevamente, pero nunca más apareció.



Ilustraciones: Janneth Salinas de la Paz.

Ahora era una olla tiznada y abollada, cubierta con un trapo de caqui gris.

El viejo sintió cómo se le nublaba la vista. Recordó entonces cómo era la niña antes de ser una mata de maíz, una paloma raviche, una olla abollada y tiznada, su piel morena y su pelo negro y brillante, los dientes blancos y relucientes que mostraba cuando reía. Recordó, con dolor, cómo desapareció en las aguas turbulentas del río durante aquella crecida maldita. Sólo encontraron, una semana después, su zapatito enterrado en el fango.

Al salir del cuarto de la niña, el viejo sintió acercarse a la vieja que arrastraba los pies en el yerbazal del patio. Ella lo miró en silencio, como comprendiendo, después colgó las cazuelas en los clavos de la pared. Se tiraron a descascar, pero no durmieron ni un segundo. Como a las cuatro, el viejo se lanzó del camastro y la vieja lo escuchó hurgar en el cuarto de herramientas. Lo vio salir con un pico y una pala en cada mano. ¿No vas a trabajar por la tarde?, le preguntó con voz queda. Súbitamente había percibido una recóndita decisión en los gestos del viejo.

La niña tiene que descansar algún día, respondió él al cabo de un minuto, en tanto se ponía el sombrero y tomaba agua mirando el ventanuco entornado en la cocina. Justo en aquel momento, pasaba el tren vomitando vapor a través de los matojos y los cactus de la cerca. La vieja pareció comprender y asintió mirando el piso de cemento manchado de fango reseco, habían pasado varios años desde la paloma raviche, y ahora la olla tiznada y abollada. Oyó sus pasos mientras se alejaba a través de los surcos convertidos en matorrales, entre manchas blancas y amarillas de romerillo y una tempestad de malanguitas que parecían devorar toda la finca. Entonces, con la vista fija en el piso de cemento, lloró, lloró como la primera vez que le dieron la noticia de la muerte de la niña, como aquel día que le entregaron el zapatito enfangado, hacía ya casi treinta años, lloró sin cambiar de posición, con la vista fija en las manchas rojas de fango endurecido hasta quedarse sin lágrimas.

El viejo, sorprendido en la misma posición, con los ojos rojos, dijo: la enterré junto a la ceiba, al lado de la cerca, hay una cruz y la foto del último cumpleaños. La vieja asintió y bruscamente se puso de pie: voy a hacer café. Prendió el fogón y sintió la voz del viejo a sus espaldas. Hay que arreglar un poco el patio, la yerba nos va a comer un día de estos, y a lo mejor podemos sembrar y levantar la cría nuevamente. Ella alzó la vista y miró por el ventanuco ahora abierto de par en par. Un par de niñas cruzaban el puente y la vieja las contempló con un dolor seco. El tren ya estaba pasando nuevamente escupiendo vapor a través de los matojos y los cactus de la cerca ⑥